

El hombre acomodó el cuerpo en el espacio derecho del ventanal y dejó que la bolsa de viaje descansara a sus pies; luego apoyó la cabeza en el marco mostrando el perfil a contraluz. Andrés Palacio, que observaba la indecisión de la claridad a través de la cristalera, reconoció el perfil al instante.

—Mansur —se dijo sinceramente asombrado—. Cuánto tiempo. Quién lo hubiera pensado.

Quizá la aflicción que venía sintiendo en el aeropuerto llegó cuando la lluvia se volvió oscura. La noche le había atormentado sin pausa y al amanecer tuvo que preparar su maleta y abandonar el hotel mientras llovía. Estaba acostumbrado a partir de esta manera pero esa mañana en que la primera luz nacía muerta le encogió el corazón. La lluvia arreció mientras aguardaba el taxi. Luego se hizo oscura y le acompañó hasta el aeropuerto. Allí oscureció tanto que hubo de volver la vista al interior de la gran sala de cristaleras, fría como un témpano, en busca de luz. Hasta donde alcanzaba con la vista, el suelo recogía con un reflejo hiriente las columnas, los mostradores, las paredes encristaladas, el suelo pulimentado. Él seguía mirando,

rodeado de gente que dormitaba con la boca abierta, esos racimos irregulares de gotas de agua que se estrellaban a ráfagas en las cristaleras como súbitas apariciones que luego escurrían estremecidas.

—Mansur —repitió lentamente, como haciendo un esfuerzo que provenía no tanto de la dificultad del reconocimiento como de la maquinaria de la memoria—. López Mansur. Sí, es él, Mansur. Cuánto tiempo.

Esta vez miró hacia donde le parecía que se encontraban los ojos del hombre a contraluz; el otro había acabado por volver la cabeza, pero no tuvo constancia de ellos hasta después de un tiempo quizá brevísimo en que el gesto de Mansur al descolgar la pierna derecha de la anteventana en que se reclinaba le dio a entender que él también le había reconocido y se disponía a saludarlo. Entonces hizo un gesto vago de acercamiento abriendo un poco las manos y, en seguida, se ajustó el abrigo sobre los hombros al ponerse en pie. Otro golpe de lluvia se estrelló contra la cristalera pero lo sintió además dentro del pecho. Luego se saludaron los dos ceremoniosamente en aquel lugar fuera del mundo.

Odiaba aquellos viajes, trayectos profesionales que le devolvían a casa con una extraña mezcla de desfondamiento y serenidad.

Últimamente, sin embargo, venía sintiendo en ellos —más que en el espejo o en la familia— el paso del tiempo. En la duración de cada vuelo se le aparecían cada vez más anónimos compañeros de viaje a menudo más jóvenes; esto no le

---

producía agresividad ni frustración pero comenzaba a inquietarle la relación que, en la frecuencia de esos tiempos muertos de cada vuelo, establecía entre ellos y su propia idea de desfundamiento. Había hecho ya todas las bromas posibles acerca de las nuevas generaciones, el relevo, pero las pacientes mareas de impresiones fluían en un mar interior que no dejaba de agitarse. Además estaba cansado. «Físicamente cansado, por supuesto», dijo.

—La vida —dijo Mansur.

La casualidad del encuentro. El vuelo de Mansur estaba retrasado a causa de un problema técnico anunciado por los altavoces con inquietante imprecisión. El suyo, también a Madrid, partía media hora después. Veinte años. Primeras horas de la mañana. Un aeropuerto en el corazón de Alemania. El reconocimiento, en el tiempo sin destino de una sala de espera, es como el de dos heridos en el mismo campo de batalla: la necesidad se antepone a cualquier otra consideración. Pensó que era curioso aquel cruce de partidas en una misma dirección por el que dos líneas aéreas diferentes les separarían de nuevo, seguramente para siempre.

En este caso se trataba de un verdadero reconocimiento. El último encuentro databa de veinte años atrás, quizá más, en un café del barrio universitario, casi al término de la carrera en la que coincidieron durante los cinco años lectivos. Recordaba con más exactitud el motivo que el año en que sucedió: recuperar el viejo bolígrafo de plata que siempre llevaba a los exámenes como un símbolo de fortuna y que entonces creyó perdido hasta que

---

López Mansur le citó en el café. Aquel bolígrafo procedía de su padre, en realidad era una transmisión y un regalo a la vez, para celebrar su ingreso en la Universidad; le trajo suerte, o él lo creyó así, a lo largo de los cinco años de carrera, hasta que lo extravió, para su desesperación, en una de las últimas pruebas. Sólo la llamada de López Mansur consiguió hacerle recordar que se lo había prestado antes de abandonar el aula. El deseo de relajarse tras lo que consideraba una más que brillante exposición escrita de un tema que conocía a fondo hizo que lo olvidara en otras manos. Mansur telefoneó una semana más tarde, dando así fin a su consternación. Y ahora observó a Mansur mientras un aviso destellaba en su mente por primera vez veinte años más tarde; porque, ciertamente, el bolígrafo había estado toda una semana en poder de Mansur; toda una semana por la que extender ahora una inesperada sospecha.

Estaba hablando con Mansur. Allí, en el café, le había hecho una oferta por el bolígrafo después de devolvérselo. Mansur acababa de mencionarlo; de no haberlo hecho, jamás hubiera rescatado este segundo detalle del fondo de la memoria y ahora le asombró. Lo habría dado por perdido, entonces, de no haber telefoneado el otro. Un gesto de honor. De hecho, volvió a perderlo después, no recordaba cuándo, esa vez para siempre. Mansur dejó pasar una semana, luego se ocupó de buscarle y devolverlo y, a continuación, le había hecho una oferta para cambiarlo de mano mediante un acuerdo económico. ¡Había querido

comprárselo! López Mansur no pudo evitar un leve gesto de desagrado al saber ahora de la definitiva pérdida del bolígrafo. Palacio no pudo evitar preguntarle por el valor que concedía aún hoy a aquel objeto que él, desde luego, había escondido de modo concluyente en su memoria. La media sonrisa de Mansur le hizo pensar que estaban ya en el término de toda conversación, pero éste dijo: «Era una expresión de la belleza». Eso era incómodo. Quizá por cambiar, mencionó a continuación el nombre de Auschwitz, pero sin venir a cuento, pensó mientras continuaba hablando.

Para él era uno de los nombres propios del horror, como Treblinka o My Lai o Tlatelolco. Un nombre propio que, más que haberles dañado, ondeaba sobre sus cabezas, emblemas izados en un mástil a cuyo pie ellos apilaban, como tierra al pie de los árboles frutales durante el invierno, las fechas y lugares de la resistencia antifascista en la Universidad. Todos aquellos nombres propios representaban a una Humanidad sufriente y humillada tratando de sobrevivir y así se los aplicaban, con la solidaridad existente entre los perseguidos por los regímenes autoritarios del mundo entero. Sólo un extraño reflejo le hizo advertir, a tantos años de distancia, lo que estuvo oculto a su entendimiento durante el tiempo que duraron los estudios; porque allí en el aeropuerto, mientras le veía acomodado en el ventanal, después de reconocerle, exigió imperiosamente a su memoria que le trajera el nombre y cuando éste llegó le sonó como debía, un apellido de converso.

---

—López Mansur, ¿verdad? Tú eres Mansur —había dicho mientras el otro sonreía débilmente y su sonrisa le aliviaba también a él.

—Y tú Palacio. Andrés Palacio —y Andrés asintió y dijo:

—Todavía no hemos cambiado lo suficiente.

El cielo, entre perlino y plomizo, rodeaba el ámbito de la cafetería de una manera oprimiente. Más allá de los ventanales, grandes planos de sombra empaldecida se entrecruzaban y esfumaban los bordes mustios de un alba que pugnaba por no desaparecer del cuadro celeste, como si la dureza del despertar aún estuviera impregnada por una incierta melancolía de la noche reciente.

Auschwitz; tan extraño para él y tan cercano a Mansur en la época en que compartían las lecciones de Derecho entre los muros de la Facultad. López Mansur añadía a las cicatrices familiares de la guerra civil de los demás las del campo de exterminio de Auschwitz. Jamás habló de ello en la Universidad o al menos él no lo recordaba; un descendiente de conversos cuya familia hubiera sido deportada a Auschwitz era una noticia que se hubiese conocido en los círculos progresistas de la Facultad de inmediato y él la recordaría, pero no la recordaba.

—Mansour —lo pronunció en francés—. Creo que había unos Mansour, una rama francesa de la familia. Por lo visto eran judíos. Mi bisabuela era francesa. Yo creo que serían judíos árabes. A los que vivían en París los encarcelaron primero en Drancy y después los llevaron a Auschwitz. No

---

sé si murieron todos. De los parientes franceses sólo viven unos que lograron llegar a Tánger. Mis padres tuvieron las primeras noticias de ellos cuando alcanzaron Tánger. Yo debía de estar ya cerca de mi nacimiento, calculo.

No supo discernir lo que sucedía tras el rostro de su interlocutor; la voz no revelaba emoción. Estaba cansado y dejó de pensar. Luego volvió a ello: ¿acaso el Holocausto estuvo presente en la vida de Mansur con más fuerza que la propia guerra civil? No lo adivinaba en su rostro, ni en la mirada. López Mansur hablaba mirando a su café, frío e intacto; mientras, con las yemas de los dedos pinzaba continuamente migajas desprendidas del croissant que se había comido en unos segundos y sólo de vez en cuando alzaba los ojos hacia él, con la misma ausencia de emoción. Hablaba tratando a las palabras como a las migajas del croissant. Se preguntó también si no serían los años que los separaban de aquella época los que agotaban ya el encuentro. La primera efusión era más un producto de la sorpresa que de la cordialidad. Se preguntó, en fin, por qué diablos éste era el único tema de conversación que se le ocurrió tras el primer silencio que amenazó la agitación del encuentro. Aquel apellido, Mansur.

—Es deprimente, este cielo —dijo señalando al otro lado de los ventanales que les circundaban.

López Mansur dejó de apiñar y pinzar las migajas y le miró a los ojos. Sonreía levemente con los suyos, no con sus labios. El flujo de aquella mi-

rada era lento. Extrajo un paquete de cigarrillos y ofreció uno a Andrés, en silencio.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto que digamos —dijo por fin. Andrés esbozó una media sonrisa. Entretanto, el silencio se estaba posando de nuevo, como el polvo que, tras un soplo, permanece en suspensión unos segundos y luego va cayendo. Entonces el aguacero repiqueteó en toda la cristalera y Andrés deseó estar en su casa de El Árbol escuchando la caída de la lluvia sobre la tierra. Estaba ausente pero volvió. Mansur le observaba con más curiosidad que insistencia. Era el sonido del agua en la cristalera lo que le irritaba.

Pero habían hablado de Auschwitz y el otro le miraba de aquella manera. Trató de recordar por qué había salido el asunto a relucir pero ya lo había olvidado. A medida que transcurrían los minutos su mente se iba despoblando de ideas y recuerdos. Entonces Andrés habló de su reciente viaje a Alemania. Era uno de tantos, pero esta vez vio algo que le había dejado atónito. Primero lo vio en Stuttgart aunque sólo alcanzó la cabal revelación al recorrer Colonia. Hasta entonces, el bombardeo de ciudades hasta el arrasamiento lo tenía asociado a unos pocos nombres míticos, como Guernica o Coventry. Nunca había estado en Coventry ni tenía intención de hacerlo pero en ese día de su viaje, ante la maltratada catedral de Colonia rodeada por una ciudad que había sido reconstruida íntegramente piedra a piedra, pared a pared y tejado a tejado, comprendió que por primera vez veía una ciudad arrasada, reducida a la devastación y el

desastre, y al verlo, el espejo de la Historia le devolvió una imagen que no le permitía ordenar sus ideas como lo había hecho hasta ahora. Unos y otros aniquilados, *todos* destruidos, como si la guerra no fuera más que el sinsentido despierto y entrópico de un oscuro poder.

Mansur miró el papel que acababa de encontrar en el bolsillo de su gabardina. Era un recibo de tarjeta de crédito. En el dorso estaba transcrito el texto de un graffiti que había hallado en una pared de la Universidad la mañana anterior, mientras aguardaba la hora de una entrevista con el jefe del departamento de español. *No eres nadie / vete de mi vida / nunca vuelvas a mí / es tarde*. Estaba escrito en español. «Si es tarde no es nadie, es alguien», pensó ahora, al verlo. Por qué se había llevado consigo ese pedazo de desolación que no era suyo. Palacio continuaba hablando.

«Este imbécil —pensaba mientras tanto Mansur— debe de creerse que soy judío. Con la cantidad de apellidos de origen judío que hay en España y tiene que venir a hablarme a mí del Holocausto y de la Alemania arrasada. Qué habrá sido de él desde que abandonó la Universidad, me pregunto».

De repente Palacio comprendió que no estaba atendiendo a la conversación, que no le interesaba porque no le interesaba el tono en el que le hablaba; del tono en que a uno le hablan puede deducirse el vigor de las ideas que lo sostienen. De pronto el cansancio le llenó el cuerpo, como la lluvia el ánimo, como la frialdad el recinto donde se hallaban ante un par de cafés helados.

---

La inmensa sala era como un gran témpano; hasta donde llegaba la vista, el suelo repulido reflejaba con un brillo hiriente y seco las columnas, los mostradores, las sillas, la gente, era una pátina que recogía todas las perspectivas que el juego de aristas y líneas de fuga trazaba ante los ojos de Mansur y de Palacio, entumecidos por la aurora plomiza y la humedad que destemplaba los cuerpos con sólo verla al otro lado de las cristaleras, ráfagas incontables de gotas de agua estrelladas y en las que vibraban por unos segundos, en el interior del desapacible vestíbulo, los escalofríos del exterior.

Mansur también recordaba el bolígrafo de plata. Era un bolígrafo algo grueso, muy redondeado en la cabeza y el pie, lo que le daba un aspecto pesado pero elegante, con una presilla en forma de serpiente reptante. Ahora pensaba en el bolígrafo —mientras ambos hablaban de la forma de constancia que representaba la presencia del Holocausto como una lámpara votiva en la conciencia del mundo— y lamentaba haberlo devuelto en aquel tiempo. Una semana de lucha entre su conciencia y la fascinación que sentía por un objeto cuya belleza y distinción deseaba apropiarse, dio como resultado la devolución. Hoy no lo hubiera hecho, pero hoy tenía muchos años más que aquel adolescente hechizado. Palacio, por su parte, entendió que debía de apreciarlo a juzgar por el modo en que habló de él la tarde en que se lo devolvió y sólo ahora se le ocurría pensar que quizá el retraso se debiese a la tentación de quedárselo o, al menos, a la de poseerlo durante unos días; y volvió

---

a mirar a Mansur, no con sospecha sino con extrañeza, como si no lo hubiera conocido nunca. En cierto modo, ahora, en el aeropuerto, se encontraban en una situación similar. Hubieran bastado unas palabras antes, al reconocerse, unas palabras triviales cruzadas en pie, para deshacer el saludo y cada uno estaría ahora en un extremo distinto del gran vestíbulo inhóspito aguardando su vuelo; como alargó aquella entrevista sin motivo, alargaba ahora este encuentro, siempre actuaba de la misma manera. La propia falta de contenido del encuentro le había obligado a entrar en zona indeseada, al menos a posteriori, una curiosa falta de reflejos que no se daba en otros aspectos de su vida y quizá tampoco en los de Mansur. Pero lo había hecho y, sintiéndose muy cerca de la frivolidad, momentáneamente apartado el cansancio, volvió a pensar en el bolígrafo mientras seguía hablando de la reconstrucción de Alemania y preguntándose si no habría que dejar de recordar todos los días la presión de la culpa, si no debería alguien recordar que tampoco en Alemania quedó piedra sobre piedra mientras los aliados avanzaban sobre el búnker del maldito loco en quien los alemanes habían depositado su alma y su destrucción.

Sólo más tarde pensó que Mansur no había contestado a sus comentarios; es decir, no había mostrado otro interés que el de cortesía ante lo que, desde el amanecer, le atormentaba el ánimo tras la visita a Colonia, a la quebradura de las líneas de seguridad de sus convicciones; todo estaba revuelto desde entonces, incluidos los nervios y el

---

cansancio a estas alturas del año. Lo que le estremecía, sin venir a cuento, sin entenderlo, era Colonia hecha polvo, Coventry hecho polvo, el vietnamita con su pequeño saco de arroz y su fusil escondido bajo tierra hecho polvo y el marine que se acercaba a la trampa donde le aguardaba el otro con los nervios hechos polvo, los estudiantes en la plaza de las Tres Culturas escondiéndose de la balacera, ¿detrás de qué?, ¿de los que iban cayendo acribillados?: lo que le importaba era su propia vida hecha polvo, sus problemas hechos polvo, el agujero tremendo por el que se le colaba todo esto en el cuerpo hinchado como un odre de nervios, expulsando sus pertenencias vitales, sus convicciones, lo que le diferenciaba de los otros, de Mansur incluso.

Mansur pensó en sí mismo mientras miraba las bolsas bajo los ojos de su antiguo condiscípulo. Llevaban muchos minutos hablando de nada y esperando el aviso de vuelo que los separase. Pensó que era una de esas ataduras invisibles pero prácticas, inevitablemente prácticas, la que los ligaba de modo que sólo un agente externo tenía poder para desatarla. Encendió otro cigarrillo y decidió seguir esperando. Era un modo de no pensar en sus cosas.

De repente los cielos se abrieron en tromba, a dos pasos de ambos, que ya abandonaban la cafetería. El panorama de la pista, que podían contemplar deformada a través de los canalillos de agua que resbalaban nerviosamente por las cristaleras, desapareció de su vista en un instante sustituido por el

martilleo de las gotas aplastándose brutalmente contra el edificio. Y como si la cortina de lluvia hubiera sido la excusa que Palacio implorase desde su interior minutos antes, Mansur inició la despedida, aprovechando el desconcierto, y el adiós fue tan brusco como preciso. Todo lo que acababa de suceder quedaba cancelado —la pregunta, el bolígrafo, Colonia...—, todo excepto el cansancio. La masa de lluvia extendía dentro y fuera una atmósfera plomiza tan intensa que parecía estar borrando también la figura de López Mansur, que ya se dirigía a otra planta caminando despacio pero con decisión, haciéndose anónimo entre la gente que se movía de un lado a otro con el característico titubeo de las primeras horas de la mañana en viaje. Y cuando le vio desaparecer así, entendió que nunca volvería a verle, que su figura se desvanecía tras el feroz aguacero como el fantasma que se diluye en la niebla. Lo contemplaba con una atención hipnótica y al hacerlo fue dejando vagar su espíritu hasta que los pensamientos perdieron sus propios contornos, como la misma cortina de agua grisácea, y de entre las sensaciones que quedaron flotando por el interior del cuerpo, una creció en seguida apoderándose de su ánimo del mismo modo que antes de la tormenta las nubes seccionan en un instante la luminosidad del día y suspenden en el aire un silencio sombrío al que sigue el chasquido formidable de toda el agua contra las cosas. Así fue como sintió, sacudido por una intensa destemplanza repentina, que al tiempo que Mansur desaparecía, él desaparecía también, por el mismo camino y de la misma manera.